

Lección 41 (44): REGLA PASTORAL DE SAN GREGORIO MAGNO II El pastor de almas debe ser bondadoso y justo

Pero, suele suceder que el prelado, al verse colocado por encima de los demás, se envanezca con pensamientos de soberbia; y al ver que todo está a su disposición, que se cumplen sus deseos y lo que ordena, que los súbditos enaltecen lo que hace bien y no se atreven a contradecirle en lo que obra mal, que aprueban a veces aun lo que debieran reprobear, adulado por sus subordinados, se engríe; y mientras por fuera le rodea el aura popular, por dentro desconoce su verdadera situación; olvidándose de quien es, se mece en ajenas alabanzas, y llega a creerse que es tal como le dicen y no como su conciencia debiera dictarle.

Trata con desdén a sus súbditos, no reconociéndoles como iguales así en el orden de la naturaleza, y porque es superior a ellos por razón de su dignidad, se cree aventajarlos también en los méritos de la vida; y está convencido de que porque puede más, sabe también más que ellos. Se forma en sí mismo una especie de cima inaccesible, y siendo por fuerza de la naturaleza de igual condición, no se digna considerar a los demás como iguales: asemejándose a sí a aquél de quien está escrito en Job: "Contempla debajo de sí todo lo más grande y elevado, como quien es el rey de todos los hijos de la soberbia" (Jb 41,25). Ved ahí a Satanás que, aspirando a ocupar un lugar único por lo elevado y desdeñando la misma compañía de los ángeles, exclama: "Colocaré ahí mi asiento en la cima del monte del testamento situado al Septentrión, y seré semejante al Altísimo" (Is 14,13). Y por justa disposición de Dios, cuando por una parte se había elevado sobre la cumbre de su poderío a la vista de los demás, por otra encontró en su propio espíritu el abismo en que se hundió.

Equiparase así al ángel apóstata quien, siendo hombre, pretende ser superior a los demás hombres. Así también Saúl, después de haber sido humilde, al verse colocado en la cumbre del poder se hinchó de soberbia; levantado por rey cuando era humilde, repudiado por Dios cuando soberbio, como atestigua el Señor mismo: «¿Acaso cuando tú eras pequeño a tus propios ojos no te hice cabeza de las tribus de Israel?» (1 S 15, 17). Antes se había tenido por pequeño a sus propios ojos, pero apenas revestido de poder temporal, ya no se consideraba pequeño. Creyéndose superior a los demás al compararse con ellos, se tenía por mayor que todos porque disponía de mayor poder... ¡Cosa admirable! Mientras fue pequeño a sus propios ojos, fue grande a los ojos de Dios, pero apenas se tuvo él mismo por grande, Dios lo repudió por pequeño.

A veces el ánimo se engríe ante las manifestaciones y número de los súbditos, y deslumbrado por el esplendor de su propia dignidad, se desvanece en humos de soberbia. Sólo hace buen empleo de su poder aquel que sabe a un tiempo mantenerlo y moderarlo: sólo lo usa bien quien sabe por medio de él elevarse sobre las faltas ajenas, y sabe también, a pesar de él, ponerse a igual nivel que los demás.

Si el corazón humano se ensoberbece muchas veces sin que lo abone ninguna dignidad ¿cuánto más se engrerá si se ve revestido de poder? Para hacer recto uso de la

autoridad es menester saber servirse prudentemente de ella en lo que aprovecha para el bien, renunciar a ella en lo que pueda halagar, considerarse a pesar de ella igual a los demás,

Y esta suma prudencia y discreción la vemos retratada en los ejemplos de el primer Pastor; San Pedro, que recibió el gobierno de la santa Iglesia de manos del mismo Dios, rechazó las excesivas muestras de veneración del varón justo Cornelio que humildemente se prosternó a sus pies, y se declaró igual a él, diciendo: «Levántate, que yo soy un hombre como tú» (Hch 10,26). Pero al notar la falta cometida por Ananías y Safira, manifiesta todo el poder que ejercía sobre los demás: con una sola palabra les priva de la vida, cuyos malos pasos había sorprendido por interior inspiración: y sólo hizo comprender que él era el jefe en el seno de la Iglesia, cuando se trató de reprimir el mal; mientras de frente a sus hermanos que obraban el bien no se reputó digno del honor que tan espontáneamente le tributaba el piadoso centurión.

Por un lado, pues, vemos cómo la santidad de la vida consigue establecer la mutua igualdad; por otro, cómo el celo por la corrección del mal, resume sus derechos de potestad. Con los que obraban bien, San Pablo se conducía como si no fuera su superior, y les dice: "No es porque dominemos en vuestra fe, sino al contrario, procuramos contribuir a vuestro gozo; y añade: puesto que permanecéis firmes en la fe" (2 Co 1,23). Como si quisiera decirles: "No pretendo imponerme a vosotros en vuestra fe, porque permanecéis firme en ella; nos consideramos iguales a vosotros, porque sabemos que os mantenéis en vuestras creencias". Y parece hasta olvidar que es su pastor cuando les dice: "Nos hemos hecho niños en medio de vosotros" (1 Ts 2-7).

Y en otra parte repite: "Nos hemos hecho siervos vuestros por amor a Jesucristo" (2 Co 4,5). Pero cuando llega a saber que existe entre los fieles un delito que no ha sido reprimido, se reviste de toda su autoridad de maestro y de pastor y exclama: «¿Qué queréis, habré de ir a vosotros con la vara del castigo?» (1 Co 4, 21).

Sólo, pues, se gobierna bien en los cargos elevados, cuando el que manda procura ejercer su autoridad, no sobre sus hermanos, sino sobre sus vicios y defectos. Y es preciso, además, que los superiores, al corregir a sus subalternos culpables, tengan buen cuidado de que, mientras castigan las culpas con el derecho que su autoridad les confiere para el mantenimiento del orden, se consideren iguales a los mismos hermanos a quienes corrigen, para la guarda de la humildad; y no sólo eso, sino que a veces es también recomendable que nos consideremos interiormente inferiores a aquellos mismos a quienes corregimos.

Pues mientras sus defectos caen bajo los golpes de nuestra corrección, los que nosotros mismos cometemos no encuentran siquiera quien los desaproebe con el reproche de una sola palabra: y somos tanto más responsables a los ojos de Dios, cuanto más impunemente pecamos a los ojos de los hombres.

Por el contrario, nuestro rigor hace a los subalternos tanto más libres de la justicia divina, cuanto menos dejamos sin correctivo sus culpas en esta vida. Ha de guardarse, pues, una grande humildad interior junto con un justo orden exterior, cuidando en esto mismo que no se relajen los principios de un justo gobierno con guardar una exagerada

humildad; no sea que rebajándose el superior más de lo conveniente, se haga incapaz de reducir la vida de sus subalternos bajo el yugo de la disciplina.

Guarden, pues, los prelados, en su exterior, la dignidad que han recibido para mejor provecho de los demás; y conserven interiormente la humildad, pues mucho han de temer de su propia estimación. Por otra parte, es necesario que se den cuenta los subalternos, por ciertos indicios que han de aparecer convenientemente, de que sus prelados son en su interior humildes, de suerte que vean en su autoridad lo que han de temer y contemplen en su humildad lo que han de imitar.

Procuren por tanto, cuidadosamente, los que gobiernan, que cuanto mayor aparezca su dignidad a los ojos de los demás, tanto más pequeña aparezca a sus propios ojos, y esto con el fin de que su propia dignidad no llegue a dominar sus pensamientos, ni arrastre el ánimo a vanas complacencias, no sea que la voluntad, por estar subordinada a los halagos del poder, no pueda ya sobreponerse.

Y para que los que gobiernan no se envanezcan con las satisfacciones de su poderío, dice muy a propósito el sabio: «¿Te han hecho jefe? No te engrías: pórtate entre tus súbditos, como uno de tantos» (Si 32, 1). Por su parte, también San Pedro dice: «No queráis tener señorío sobre el clero, sino siendo dechados de la grey» (1 P 5, 3).

Y por fin, la Eterna Verdad, para invitarnos a aspirar a más elevados ejemplos de virtud, nos enseña: "No ignoráis que los príncipes de las naciones avasallan a sus pueblos y que con sus magnates los dominan con imperio; no ha de ser así entre vosotros, sino que quien aspire a ser mayor entre vosotros, debe ser vuestro criado, y el que quiera ser entre vosotros el primero, ha de ser vuestro siervo: al modo que el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir" (Mt 20,26 sg.)

Y por eso el Señor anuncia los suplicios que están reservados para el siervo que se engríe con la autoridad que se le ha confiado, diciendo: Pero si ese siervo malo dijere en su corazón: "Mi amo no viene tan pronto, y empieza maltratar a sus consiervos y a comer y a beber con los borrachos, vendrá el amo de tal siervo en el día que no espera y a la hora que menos piensa, y le retirará y le dará la pena que a los hipócritas o siervos infieles (Mt 24, 48, sg).

Con razón califica de hipócrita e infiel a quien, con pretexto de ejercer un deber, convierte su ministerio de gobierno en instrumento de despotismo; y aun crece de punto la gravedad del pecado cometido, si se observa con los malvados más el prurito de igualarse a ellos que el ánimo de corregirlos. Así Helí, dominado por un falso cariño hacia sus hijos, no se atrevió a castigarlos cuando pecaron, y por eso se hizo, él junto con sus hijos, reo de una terrible sentencia ante el acatamiento del Juez inapelable. Y así le reprocha el Señor: Has tenido más consideraciones con tus hijos que conmigo (1 S 2, 29).

Por la misma razón reprende el Señor a los pastores por boca del Profeta: «No vendasteis a las ovejas quebradas, ni recogisteis a las descarriadas» (Ez 34,4). No recoger a los extraviados es no emplear los esfuerzos del celo pastoral en reducir y devolver al estado de gracia a los que han caído en la culpa: vendar las fracturas es reprimir los

excesos de la culpa por medio de la autoridad, con el fin de que la llaga no se extienda más, hasta llegar a producir la muerte por no haberla atajado con el rigor de la justicia.

Pero también puede suceder que cunda la herida por haber sido mal vendada, de suerte que se sienta más hondo el desgarramiento al aplicar sin tino el vendaje. Por eso es necesario que, al atar la herida del pecado, reprendiendo a los súbditos, se modere el rigor mismo de la corrección con una gran prudencia: de modo que se ejerzan los derechos de reprender sin renunciar a los sentimientos de caridad.

Debe mostrarse el prelado con sus subalternos, como madre en su bondad, y como padre en el rigor; y al propio tiempo, ha de procurar con gran cuidado que su bondad no resulte condescendencia, ni su rigor inflexibilidad. Pues como dejamos demostrado en nuestros libros Morales (Greg. Mor 20,14), tanto la bondad como la justicia pierden eficacia, si la una no va acompañada de la otra; antes los prelados deben estar dotados para con sus dependientes de una bondad previsora y prudente, y de una autoridad blandamente inexorable.

Esto mismo nos enseña nuestro Divino Maestro en la parábola del caritativo Samaritano, quien lleva al viajero medio muerto a la posada y antes emplea aceite y vino para curar sus heridas: el vino que produce escozor en las llagas, y el aceite que las suaviza. Por tanto, los que tienen por deber medicinar las heridas del prójimo han de emplear el vino que escuece y el aceite que alivia, para que con el vino desaparezca la gangrena y con el aceite se suavice la cura. Ha de mezclarse la severidad con la blandura, formando con ambas un término medio que ni exaspere a los súbditos con la excesiva aspereza, ni los relaje con la inmoderada bondad.

Todo lo cual viene a simbolizar el Arca de la Alianza, en la cual, según testimonio de San Pablo, se guardaban junto con las tablas de la Ley, la vara de Aarón y el maná; pues en el alma de un buen prelado, junto con el conocimiento de la Sagrada Escritura, debe guardarse la vara de la severidad y también el maná de la dulzura. Por eso canta David: «Tu vara y tu báculo han sido mi consuelo» (Sal 22, 4), pues la vara sirve para castigarnos y el báculo para sostenernos: ya que se usa la vara de la corrección que hiere, no se olvide el báculo del consuelo que sostiene.

Haya, pues, amor sin excesivas blanduras; entereza, sin exasperaciones; celo, sin encarnizamiento; bondad, sin relajamiento en el perdón; de suerte que, mezclándose el ejercicio de la autoridad la justicia con la clemencia, el que gobierna ablande el corazón de sus súbditos con el temor, y al mismo tiempo, los atraiga a reverenciar el temor con la blandura.

CAPÍTULO VII

Que el director de almas no ha de mermar el cuidado de la vida interior por causa de las ocupaciones exteriores, ni ha de abandonar sus obligaciones exteriores por las atenciones de la vida interior.

Trate el director de almas de no disminuir el cuidado de la vida interior por causa

de las ocupaciones exteriores, ni ha de abandonar sus obligaciones exteriores por las atenciones de la vida interior, no sea que, entregado de lleno a los negocios temporales, descuide los asuntos espirituales; o que únicamente consagrado a éstos, escatime a sus prójimos los cuidados exteriores que les son debidos.

Hay algunos que, olvidándose de que son prelados precisamente para atender al alma de sus hermanos, se engolfan con todos los bríos de su espíritu en los negocios mundanos; cuando tienen ocupaciones de esta clase, entonces trabajan con agrado, y si éstas les faltan, viven día y noche en continua desazón por tenerlas, y mientras se hallan inoperosos por falta de tales negocios, encuentran mayor fatiga en su mismo descanso. Si por ventura se ven abrumados de quehaceres, están en sus delicias, y sólo consideran trabajoso y pesado si no trabajan en negocios temporales. De donde resulta que, mientras se complacen en los afanes que les ocasiona el estrépito del mundo, ignoran por completo los negocios del alma en que debieran instruir a los demás.

Como consecuencia inevitable de este proceder, va languideciendo la vida cristiana en los subalternos, pues si acaso desean aprovechar en el espíritu, tropezarán en su camino con los ejemplos que les da su mismo prelado. Y cuando la cabeza está enferma, de nada sirve que los demás miembros estén sanos; así como en balde seguirá a marchas forzadas un ejército en busca del enemigo, si el mismo capitán equivoca el camino.

No tendrán los fieles exhortación alguna que levante su espíritu, ni reprensión que castigue o reprima sus culpas; pues si el director de sus almas ejercita sólo el oficio de juez temporal, el rebaño se verá privado de la vigilancia de su pastor; y no alcanzarán los súbditos a percibir la luz de la verdad, pues engolfados los sentidos del pastor en los negocios terrenales, el polvo que levanta el remolino de las tentaciones cegará sus ojos, que lo son también de la comunidad de los fieles.

Para remediar este desorden, el Redentor del linaje humano, después de decirnos, con el fin de apartarnos de los excesos de la comida: "Velad sobre vosotros mismos, no suceda que se ofusquen vuestros corazones con la glotonería y embriaguez" (Lc 21,34); nos advierte enseñada: "Ni con los cuidados de esta vida".

Luego agrega palabras de amenaza: "No sea que os sobrevenga de repente aquel día"; y declara lo repentino de aquella llegada, diciendo: "Que será como un lazo que sorprenderá a todos los que moran sobre la superficie de la tierra". Y a este mismo propósito, dice en otro lugar: "Nadie puede servir a dos señores" (Lc 16, 13). Razón por la cual San Pablo trata de apartar el ánimo de los prelados de los negocios mundanos, no sólo con súplicas, sino más bien con amenazas, cuando dice: "Ninguno que se ha alistado en la milicia de Dios debe embarazarse con negocios del siglo, a fin de agradar a Aquél que lo alistó" (2 Tm 2,4).

Y en otra ocasión ordena a los prelados de la Iglesia que, como principio, se abstengan de tales asuntos, y les dicta la manera de proceder, diciendo: "Si tuviereis

pleitos sobre negocios de este mundo, tomad por jueces (antes que a los infieles) a los más ínfimos de la Iglesia" (1 Co 6,4): esto con el fin de que traten de los menesteres terrenales aquellos que no están revestidos de carácter sagrado. Que es como si dijera: "Ya que ellos no alcanzan los negocios del alma, al menos pueden emplearse en los asuntos exteriores indispensables". Por la misma razón, Moisés, que solía tener trato íntimo con Dios, mereció que un extranjero, Jetró, su suegro, lo reprendiera porque gastaba sus fuerzas en tareas ímprobos, dirimiendo las cuestiones materiales de su pueblo (Ex 18, 17,sg).

Diole además Jetró el consejo de escoger en su lugar a algunas personas que entendieran en las disensiones populares, para que él pudiera, con mayor libertad, dedicarse a meditar en las profundas verdades espirituales con que instruir al pueblo. Son los inferiores los que han de ejecutar las cosas menos importantes, y los superiores los que han de idear y concertar las cosas más elevadas, y así los ojos que han de inspeccionar el camino no se ofuscarán con el polvo de la tierra.

Los que gobiernan son como la cabeza de sus subalternos: y para que los pies puedan emprender su marcha con acierto, es necesario que la cabeza, desde la altura en que está colocada, examine bien el camino; pues si la cabeza se inclinara hacia la tierra, llevando encorvado el cuerpo, se verían a cada paso los pies impedidos de seguir su marcha regular. ¿Con qué derecho disfruta el director de almas de las prerrogativas de pastor entre los fieles, si se entremete en aquellos mismos negocios temporales cuyo ejercicio debiera reprimir en los demás? Y esto es lo que el Señor, en su justa indignación, amenaza cuando dice por boca del Profeta: "Y correrá el sacerdote la misma suerte que la del pueblo" (Os 4,9).

El sacerdote es como el pueblo cuando, el que desempeña el ministerio espiritual obra lo mismo que aquellos a quienes debe corregir en sus aficiones carnales. Viendo lo cual el Profeta Jeremías, con vivo dolor de sus amorosas entrañas, se lamenta como si estuviera presenciando la destrucción del templo, diciendo: "¡Cómo se ha oscurecido el oro, y se ha cambiado, su color bellísimo! Dispersas ¡ay! Están las piedras del Santuario por los ángulos de todas las plazas" (Lm 4,1).

El oro, que es el más valioso de todos los metales, ¿qué otra cosa puede significar sino la grandeza de la santidad? Y su color bellísimo ¿qué otra cosa querrá decir sino el respeto a la religión que todos debemos amar? Y las piedras del Santuario ¿qué son sino las personas constituidas en órdenes sagradas? Y por las plazas ¿qué podrá estar figurado sino la anchura de la vida presente? La voz plaza se deriva de la palabra griega "Platos", que significa anchura. Pues bien, como dice la misma eterna Verdad: "Ancha y espaciosa es la senda que lleva a la perdición" (Mt 7,18).

El oro del templo se oscurece, cuando se profana la santidad de la vida con acciones terrenales; su bellísimo color se cambia, cuando se amengua el respeto y antigua estima en que algunos pastores eran tenidos como varones de vida ordenada y piadosa. Pues es claro que, los que después de haber llevado una conducta santa, se entremeten en asuntos temporales, en cierto modo cambian de color ante los ojos de los hombres y se oscurecen, con menoscabo del respeto que les es debido.

Yacen dispersas por las plazas las piedras preciosas del Santuario, cuando aquellos que, para ornato de la Iglesia, hubieran debido aplicarse a la interna contemplación de los misterios en lo más recóndito del Santuario, se desparraman por fuera en los anchos caminos de los negocios seculares. Las piedras preciosas del Santuario estaban destinadas a brillar en el recinto del Sancta Sanctorum sobre las vestiduras del sumo Pontífice. Cuando, pues, los ministros de la religión no exigen de sus súbditos el honor que en la práctica de las buenas obras deben tributar al Redentor, no se emplean las piedras preciosas del Santuario para ornamento del Pontífice: antes yacen dispersas por las plazas cuando las personas revestidas de carácter sagrado, entregadas a la anchura de sus placeres, se dedican a los negocios temporales.

Y es de notar que no dice el Profeta que están las piedras dispersas en las plazas, sino en los ángulos o cabezas de las plazas, para dar a entender que, cuando los pastores obran con miras humanas, si bien sólo pretendan sobresalir para poder caminar más a sus anchas por el sendero del placer y de la vanidad, sin embargo quedan siempre a la vista, colocados en el ángulo o cabeza de la plaza, a causa de la sublime dignidad de su sagrado ministerio.

Bien puede entenderse también por estas piedras, aquéllas de que estaba constituido el Santuario, las cuales yacen dispersas en los ángulos de las plazas, cuando las personas construido en sagrada dignidad se dedican por su voluntad a intereses terrenales, mientras que por su misión parecían antes sustentar la gloria de la santidad.

Rara vez ha de mezclarse el pastor en negocios mundanos, y esto sólo por ayudar a sus prójimos; nunca ha de buscarlos de intento, pues si se buscan por afición, agobian el espíritu, y venciénolo con su peso, lo desempeñan en los abismos desde las alturas de lo sobrenatural.

Otros hay que caen en el extremo opuesto: se cuidan, si, de su rebaño, pero de tal modo se entregan a sus propios asuntos espirituales, que se niegan absolutamente a tratar de ningún asunto temporal, y así, descuidando por completo las cosas materiales, no satisfacen todas las necesidades de sus subalternos.

Su misma predicación llega a veces a ser objeto de desprecio, porque, si bien reprenden las malas obras de los pecadores, no se cuidan de remediar las necesidades de la vida presente, y por tanto, no se les oye con interés. Las solas palabras y consejos no llegan hasta el corazón de los pobres, si no van acompañadas por la mano de la misericordia; y sólo brota fácilmente la semilla de la palabra, cuando la caridad del predicador derrama su piadoso riego en el alma de los oyentes.

Por eso es indispensable que el director de almas, para hacer penetrar las cosas espirituales, proporcione también, sin detrimento de sus piadosas intenciones, bienes materiales. Y de tal modo debe ser el celo de los pastores por el bien eterno de sus fieles, que no han de descuidar el provecho de su vida temporal. Pues, como dejamos dicho, no sin cierta razón se retrae el rebaño de aceptar las verdades que le predicán, si ve que el pastor no toma en cuenta el alivio de sus necesidades materiales.

Con estas palabras quiere sin duda el Apóstol prevenir amorosamente a los pastores, para que no se hieran a sí mismos con el aguijón de la ambición, no sea cosa que, mientras por intermedio suyo reciben los prójimos el socorro para el cuerpo, resulten ellos mismos ayunos del pan de las divinas recompensas. Y San Pablo alienta este celo de los pastores, diciendo: «Que si hay quien no mira por los suyos, mayormente si son de su familia, este tal ha negado la fe y es peor que un infiel» (1 Tm 5, 8).

En todo esto, es preciso tener siempre presente la precaución de no perder nunca de vista la recta intención interior al tratar de los negocios exteriores. Pues como hemos dicho, suele suceder que, a medida que los prelados se engolfan incautamente en los cuidados temporales, van entibiándose en la caridad interior, hasta que, derramados sus corazones en las cosas de fuera, llegan a olvidarse de que el cargo que han recibido es gobernar las almas.

Es preciso, pues, poner un límite prudente a los cuidados exteriores que se dedican a los fieles. Con razón manda el Señor a Ezequiel: “Y los sacerdotes no raerán su cabeza ni dejarán crecer su cabello, sino que lo acortarán cortándolo con tijeras” (Ez 44,20). Dase el nombre de sacerdotes a todos aquellos que están puestos al frente de los fieles para ejercer el gobierno sagrado. Los cabellos que crecen en la parte superior de la cabeza simbolizan los pensamientos de la inteligencia, pues crecen aquellos sin sentirlo sobre el cerebro, como los afanes, a veces importunos, de la vida presente, van brotando sin darse cuenta de las almas distraídas.

Siendo así que los que gobiernan no pueden prescindir de los cuidados materiales de los fieles, y tampoco deben por otra parte engolfarse en ellos ciegamente, con razón se les prohíbe a los sacerdotes que se rasuren la cabeza y que dejen crecer el cabello, para darles a entender que las preocupaciones carnales que proporciona la vida de los súbditos, ni deben suprimirlas completamente, ni deben dejarlas que crezcan demasiado. Por eso está escrito: Acortarán los cabellos cortándolos con tijeras; que es como decir: que los afanes de los asuntos temporales deben, si, aparecer, pero sin embargo han de cortarse o suspenderse prontamente para que no crezcan en demasía. De este modo al mismo tiempo se atienden los intereses de la vida temporal con un cuidadoso gobierno exterior, y por la moderación en ellos no se daña la pura intención del alma: que viene a ser como conservar el cabello en la cabeza del sacerdote para proteger su piel, pero tenerlo corto para que no llegue a tapanle los ojos.